



# La universidad como horizonte

*Rossana Viñas*

**Resumen:** El presente artículo desarrolla algunas consideraciones finales y líneas de trabajo, a partir de la investigación de tesis doctoral de la autora: “Ser joven, leer y escribir en la universidad. Las prácticas de lectura y escritura: de la escuela secundaria a la universidad”.

**Palabras clave:** universidad - retención – docencia – alfabetización académica.

Siempre han sido protagonistas de la historia. Siempre han ocupado un espacio fundamental en el debate de los principales temas. Siempre han sido parte de la lucha del pueblo.

Las universidades nacionales en la Argentina representan el orgullo de la sociedad, aunque también desatan los más acalorados debates. Los investigadores Grimson y Tenti Fanfani sostienen que,

La Argentina no sólo tiene universidades de alto prestigio, sino que ha privilegiado el sistema público sobre el privado, tanto en cantidad de estudiantes como en términos de investigación científica [...] Más allá de las opiniones políticas que cada uno sostenga, es innegable que desde 2003 hubo un aumento del presupuesto universitario, del presupuesto destinado a la ciencia y a la tecnología, de los salarios reales de los docentes, de la cantidad de universidad públicas, además de una mejor distribución territorial de los establecimientos y aumento del acceso y la graduación. Esos y otros logros deberían visualizarse como un activo crucial para el desarrollo y la equidad de la Argentina. En el mismo sentido, los avances plantean nuevos desafíos y debates que deberían ser asumidos por el conjunto de la sociedad (Grimson; Tenti Fanfani, 225-226).



Y debemos asumirlos. Mucho más en estos días que corren. La frase es común y se reitera en medios de comunicación y desde las voces de los adultos: “los estudiantes no vienen preparados a la universidad; el sistema secundario no los prepara adecuadamente”; “no leen y no escriben”. Los relatos mediáticos, mayormente, son relatos desde el déficit y muestran jóvenes desinteresados y faltos de futuro. Y esos mismos relatos son los que calan de manera profunda en el discurso de instituciones educativas y sus docentes. Tanto se repiten que se ha convertido en una representación social, naturalizada y apropiada por los jóvenes, que en muchos casos, los ha lleva a reproducir el mensaje como si fuera propio. A tal punto de hablar de ellos mismos en tercera persona. Es la tercerización de su propia imagen; “mirarse” como un otro ajeno a sí mismo y repitiendo el discurso social generalizado. La estigmatización mediática y educativa en la piel misma de los jóvenes. Y por eso, la importancia de la desnaturalización de esos discursos estereotípicos. El problema no reside en opinar, sino en la estereotipación que produce la reiteración continua de este discurso.

En este sentido, las preguntas que aparecen son: ¿nosotros como docentes qué hacemos? ¿Hacemos algo? ¿Somos autocríticos con respecto a nuestras prácticas? ¿Qué hacen las autoridades? ¿Por qué esa intencionalidad informativa de los medios de comunicación? ¿Por qué presentarlos siempre desde “lo que les falta o no tienen”? Y todas ellas sirvieron para cuestionar ¿qué pasa realmente con los jóvenes, la lectura y la escritura? ¿Cuáles son sus prácticas?

En primera instancia, y con respecto a la articulación escuela secundaria-universidad, en la cual la lectura y la escritura conforman parte de las más acaloradas discusiones, la universidad no debiera preocuparse por la escuela secundaria ni ésta por la universidad. Pero no porque la preocupación sea errónea sino que debiera existir una articulación entre ambas que logre un pasaje no conflictivo de una a la otra, no creando abismos para los estudiantes. La comunicación entre todos los estamentos del sistema educativo es la premisa más urgente a implementar; porque ello implicará una integración que hará posible la inclusión educativa y la inclusión social. La posibilidad para todos/as.

En este sentido, y particularmente en el ámbito universitario, el libre acceso hoy es ley. La gratuidad de la universidad es



ley. Forman parte de las reformas realizadas en octubre del año pasado a la Ley de Educación Superior y así, la educación universitaria es un derecho.

A partir de ello, es importante destacar la categoría de alfabetización académica acuñada por la investigadora Paula Carlino (2005). Desde la docencia, debemos comprender que en cada nivel educativo existe una alfabetización determinada, que le es privativamente propia y que debe enseñar a los estudiantes. Por ende, la universidad también posee una alfabetización particular. Y como docentes de ella, debemos hacernos cargo. A leer y a escribir, se aprende a lo largo de la vida; a lo largo de toda la escolaridad.

En el ingreso a los estudios superiores, los jóvenes ingresantes necesitan una nueva alfabetización académica, que es constante; que implica un proceso continuo. Cada individuo construye sus prácticas de lectura y escritura durante toda su vida. Y leer y escribir, como prácticas socio-culturales, no son privativas de ningún nivel educativo, ni se aprenden de una vez y para siempre. Se trata de un proceso que se da a lo largo de toda la formación de un sujeto y nosotros los docentes, debemos acompañarlo.

En este sentido, diagnóstico y planificación para el trabajo, el apoyo, la retención y la permanencia de los alumnos, son premisas importantes para la tarea en el aula. Es decir, saber desde qué prácticas, que esos jóvenes poseen, debemos trabajar. Resulta necesario que los estudiantes no vivan el proceso en relación a las nuevas prácticas de lectura y de escritura como si fuera un examen de comprensión lectora y de escritura; la figura del docente tiene que ser la de un mediador y conducir el diálogo entre el estudiante y el texto, darle herramientas para enfrentarse a él.

Los jóvenes manifiestan, justamente, las diferencias que encuentran y sienten respecto a las prácticas de lectura y escritura que ellos tenían en la secundaria con respecto a las que demanda la universidad.

Tal como mencionan las investigadoras Tejerina Sánchez y Sánchez Rodríguez (2009: 94-95), debemos asumir que para la permanencia en el espacio universitario se requieren prácticas lectoras y escritoras reflexivas; asimismo estudiantes autónomos y críticos. Y en realidad, muchas veces estos estudiantes, aún con todas sus motivaciones, “llegan desprovistos del bagaje lingüístico-discursivo y cultural deseado”. En este



sentido, es importante y necesario “facilitar los procesos de interpretación y de producción de escritos, así como la necesaria expansión de la idea de que tales habilidades pueden enseñarse y tales competencias mejorarse también en los estudios superiores”. Entonces, la universidad, como institución educativa y social, debe darle la posibilidad a quienes llegan a ella y ayudarlos y acompañarlos en la adquisición y/o el perfeccionamiento de sus competencias, habilidades y destrezas conceptuales y discursivas orales y escritas, para de esta manera lograr un proceso de aprendizaje que le permita al alumno su permanencia y tránsito en la carrera elegida.

La alfabetización no es sólo aprender las primeras letras sino las oportunidades de insertarse, incluirse y participar en las comunidades que utilizan el lenguaje escrito con determinados propósitos. Como por ejemplo, la universidad. Como por ejemplo, los estudiantes de la carrera de comunicación en donde la palabra es la principal carta de presentación y herramienta de trabajo. Como por ejemplo, en cualquier carrera terciaria o universitaria, ya que las prácticas de lectura y escritura atraviesan todas las disciplinas.

Asimismo, cabe poner en consideración que el “éxito” en la universidad implica un proceso de afiliación institucional por un lado; e intelectual, por el otro. La universidad es lo que metafóricamente se podría definir como una jungla hostil para el estudiante ingresante. Y ese estudiante llega con temores, pero al mismo tiempo, con emociones diversas. Es una mezcla de sensaciones. Si la institución y los distintos actores que la componen, no lo acompañan en el proceso de adaptación, resultará complejo que éste pueda insertarse en ella. Debemos trabajar sobre la inclusión a una cultura discursiva e institucional desconocida para que los jóvenes que llegan a nosotros puedan adaptarse.

Entonces, es necesario que los requerimientos institucionales que demanda la universidad para la afiliación institucional e intelectual, tenga en cuenta a los alumnos “reales” y no, sólo, a los “esperados”. En las estrategias pedagógicas que se desarrollan aún hoy, están implícitas las expectativas que las instituciones poseen acerca de las operaciones que deben ser capaces de desarrollar los estudiantes que llegan: leer y escribir bien, comprender géneros discursivos académicos, construir textos con objetivos claros y argumentos bien armados y sustentados, entre otros.



Las prácticas universitarias aún permanecen dominadas por la representación de un alumno receptor pasivo y con un background de conocimientos y saberes que no se condicen con la realidad. Esto debe ser claramente revisado y replanteado. En este sentido, cabe reflexionar acerca de qué representaciones tienen los docentes del ingreso, porque ellos representan el primer contacto del estudiante con los estudios superiores. Qué discursos los atraviesan. Porque ellos deben ser necesariamente una de las primeras herramientas que posee la universidad para lograr la contención de los jóvenes que recién ingresan.

En resumen, “debemos enseñarles a los estudiantes que lleguen; no a los que se pretende que lleguen”. Por supuesto, no se niega y se debe tener presente que el ámbito áulico actual nos a las realidades sociales y económicas de los estudiantes, a saberes ausentes que idealmente se supone ellos contaban, a la desigualdad social, al uso/abuso de las nuevas tecnologías de la comunicación, entre otros. La escritura y la lectura, en ese marco, se constituyen como un desafío a ser debatido, analizado y trabajado para alcanzar la formación y la inclusión igualitaria. La clave reside en adoptar una mirada crítica –sin perspectivas dilémicas ni apocalípticas-, particularmente, en la zona de pasaje escuela secundaria-universidad, para la selección de herramientas y contenidos posibles en el área de la escritura y la lectura, y de esa manera, lograr la articulación entre ambos niveles. El diagnóstico para conocer las pre-adquisiciones de los alumnos, realizar seguimientos personalizados, explicitarles qué postura de lector y de escritor exigen los discursos y los géneros discursivos universitarios (porque en la mayoría de la veces, las dificultades en el abordaje de la lectura y la escritura se relacionan con la particular manera de leer y los tipos de textos esperados en la universidad que difieren de los que los estudiantes conocen), corregirles de manera exhaustiva pero con la explicación de esas correcciones, sentarnos con ellos para trabajar personalmente, acercarlos el mundo de la universidad, ser guía y mediador en el proceso –que es una de las mayores demandas-, revisar de manera constante nuestras prácticas como docentes, son herramientas posibles y no complejas de implementar.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta que los estudiantes de hoy aprenden mucho más fuera del aula que antes. Y no debe verse como algo negativo. Al contrario. Hoy, a tra-



vés de Internet y las redes sociales (*Facebook, Twitter, etc.*) se ha generado un trabajo colaboracionista entre los usuarios que los jóvenes han adquirido fácilmente. Entonces, el conocimiento que ellos traen desde el afuera del aula, esas prácticas vernáculas (Cassany; Sala Quer, 2010) adquiridas por cuenta propia, al margen de las reglas de las instituciones (y mucho más hoy, potenciadas a través de los dispositivos que ofrecen las TIC -telefonía móvil, *sms*, redes sociales, buscadores, entre otros-), debiera ser un punto de partida para organizar los contenidos y el aprendizaje.

Porque asimismo, entran en juego otros elementos. En las escenas áulicas, hoy puede aparecer la desmotivación de los alumnos, pero también la de los docentes:

Probablemente una primera respuesta sea: “no es fácil enseñar en estos tiempos”. Y coincidimos, no lo es. No es fácil enseñar a leer una novela de 200 páginas si el cine se encarga de desplegar su trama en imágenes 3D y sonido digital. Tampoco es fácil lograr que sea aceptada nuestra invitación a disfrutar de ciertos versos románticos del siglo XIX cuando la poética musical de numerosas y actuales bandas hoy condensa las emociones de la mayoría de los jóvenes. No resulta sencillo enseñar reglas de ortografía cuando el chat abre el universo de la no sanción ante la falta de una h o una tilde olvidada sino que, por el contrario, premia la omisión con el pulso de la velocidad. Ni se nos presenta despejado de dificultad proponer escribir un informe de investigación cuando todo parece estar ya investigado y a la mano en el mundo web: sólo hace falta cortar y pegar (Brito, 2010: 65).

Solo son algunos ejemplos que demuestran el gran desafío de enseñar a leer y a escribir en los tiempos que corren.

Por supuesto, no se quiere decir que como docentes, no cumplamos con el currículo educativo oficial, sino más bien, tomar esos conocimientos y ese tipo de prácticas, para adentrarse a las prácticas letradas propias de la institución y aprendan los contenidos académicos, para luego, darle rigor y detalle a sus actividades en general. Y es cierto que el joven llega a la institución educativa con un bagaje cultural previo, y una trayectoria social y escolar desde la cual construirá sus recorridos posibles dentro de ella. Entonces ¿por qué no utilizar ese bagaje de prácticas y esas trayectorias?

Se debe interpelar a los jóvenes estudiantes desde otra matriz, no desde la interpelación adultocéntrica; sino desde la de ellos



mismos... Y es una responsabilidad de las instituciones y de los docentes.

La tendencia a cargar sobre las carencias de los estudiantes exime a las instituciones de mirarse a sí mismas, a sus proyectos educativos, a sus intereses. Y en este punto, muchas veces, la universidad termina culpando a los niveles anteriores por el “arrastre” del deterioro producido en ellos, sin hacerse cargo. Asimismo, se debe entender, como docentes, como padres, como autoridades, que el modo en que los jóvenes leen y escriben se ha distanciado –a veces mucho– de los patrones convencionales y tradicionales que rigen los intercambios comunicativos en el mundo adulto y en las instituciones sociales –entre ellas, mucho más, en las educativas–.

La realidad no es que los jóvenes no leen ni escriben; lo hacen de una manera diferente. Esta es la razón por la que aquellos que pertenecen/pertenece a la cultura letrada juzgan –a veces apresuradamente– esa práctica como carente. “Los jóvenes no responden, es verdad, como respondíamos nosotros a las necesidades comunicativas que nos imponía la vida social. Pero la vida social misma ha cambiado y son esos mismos jóvenes los que se desenvuelven como peces en el agua ante otros desafíos comunicativos que nos dejan paralizados a quienes nos educamos en la cultura verbalista y libresco”, afirma la Mg. Casco<sup>1</sup>.

Por otra parte, cabe mencionar que la investigación sobre la lectura y escritura comenzó a ser mayormente notable desde fines de los años 80 a esta parte, pero aún las estructuras curriculares se mantienen bastante impermeables a la introducción de espacios de reflexión y práctica sobre lectura y escritura. En muchos casos, se mantiene una mirada conservadora y tradicionalista al respecto.

Los estudiantes reclaman a la escuela secundaria no prepararlos para la universidad y para las prácticas lectoras y escritoras que como comunidad discursiva ésta demanda. Y a la universidad, dejar de lado esa mirada conservadora y tradicionalista, para que con calidad, trabaje con perspectivas y estrategias más cercanas a la realidad de ellos como jóvenes y con las exigencias que como universidad debe tener.

Y la realidad dice que tenemos “nuevas juventudes”; tenemos “nuevos públicos estudiantiles” y tenemos masificación y di-

---

<sup>1</sup>Entrevista realizada por la autora.



versidad de la matrícula universitaria. Es necesario reflexionar acerca de qué perfil se trabaja en los diseños curriculares y los programas de cátedra, para dejar atrás representaciones del pasado y adecuarlos a esa heterogeneidad que hoy se encuentra en esos nuevos perfiles estudiantiles.

Además, es imprescindible comprender el contexto socio-histórico que atraviesa nuestro país, y que no es ajeno a los sujetos ni a las instituciones educativas. Y ahí reside gran parte de la respuesta a la retención y permanencia con calidad de los estudiantes en las aulas; a la inclusión.

Y en este sentido, además, la educación secundaria debiera repensar las prácticas de lectura y escritura que desarrolla ya que la mayoría de los estudiantes que llegan a la universidad manifiestan éstas están vinculadas particularmente, a la memorización, a la respuesta de cuestionarios que no interpelan a la comprensión, a textos poco extensos y a materiales muy acotados. De ahí, esa demanda usual de que la escuela secundaria debería prepararlos mejor para los desafíos de lectura y escritura que les exige la universidad, desde la cantidad y profundidad de los textos a la precisión y claridad de la escritura.

Entonces, emerge como necesario, y en coincidencia con lo que manifiestan Fernández y Carlino (2010), que la universidad reflexione acerca de si los ingresantes están en condiciones de enfrentar los desafíos solos o, si acaso, precisan acompañamiento no sólo de la institución sino también al interior de las asignaturas; y por supuesto, la acción articulada de las mismas.

Porque sólo de esa manera, la formación será inclusiva. Inclusiva, no sólo desde lo educativo, sino también desde lo social. Antes, la escuela era una escuela de la igualdad; hoy, es la escuela de la diversidad. Y la universidad, también debe serlo, con el fin de darle la posibilidad a los jóvenes de adquirir el capital cultural necesario para el acceso, la permanencia y el egreso de los estudios superiores.

Los/as ingresantes arriban a la universidad siendo poseedores de prácticas, de trayectorias y de experiencias socio-culturales diversas; desde ellas, construyen sus trayectorias en el nivel superior. Si la universidad, le cierra las puertas a esa diversidad, el joven pierde la oportunidad de ser. Entonces, desde esa heterogeneidad que nos proponen, debemos trabajar para la transformación.

De ahí la importancia de conocer a los jóvenes, sus realidades sociales y culturales, y esas prácticas y experiencias que los



atraviesan y los interpelan, para que como docentes, frente a la masividad a la que hoy se asiste, se pueda comprender e incluir esa diversidad cultural y social que interpela; que debe interpelarnos.

Leer y escribir son parte importante de ello. Leer y escribir otorga posibilidades.

Leer es ir más allá de lo aparente; profundizar, reconocer contextos y dialogar con los distintos actores y sus particularidades. Asimismo, un buen profesional debe ser capaz de manejar los géneros discursivos de su disciplina, conocerlos, saber cómo vincularse con ellos y producir con y para ellos.

Pensar y trabajar la escritura y la lectura como procesos es incluir; es transformar no sólo a los individuos, sino también a la sociedad. Quien escribe bien puede manifestar, reclamar sus derechos; puede ser escuchado y ser tenido en cuenta... puede ser feliz; puede soñar.

La actualidad de la problemática y el debate alrededor de ella demuestran la necesidad académica, social y política de investigarlas y de seguir investigándolas y de ir a la acción. La escuela y la universidad deben conformar nuestras agendas de investigación, para de esta manera, fortalecerlas, mejorarlas, defenderlas de todo posible avasallamiento.

Y porque la universidad es un horizonte posible y una posibilidad para la vida.

### **Bibliografía**

- Brito, Andrea (dir.) (2010). *Lectura, escritura y educación*. Rosario: Flacso Argentina-HomoSapiens Ediciones, Colección Pensar la Educación.
- Carlino, Paula (2005). *Escribir, leer y aprender en la Universidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cassany, Daniel; Sala Quer, Joan; Hernández, Carme (2010). “Escribir al margen de la ley: prácticas letradas en adolescentes catalanes”. En Jornadas Getxolinguae. Cataluña, España. [en línea]. Consultado el 5 de marzo de 2016.
- Fernández, Graciela; Carlino, Paula (2010). “¿En qué se diferencian las prácticas de lectura y escritura de la universidad y las de la escuela secundaria?” En Ensayos e Investigaciones, de *Revista Lectura y vida*. [en línea]. Consultado el 5 de marzo de 2016 en: [http://www.lecturayvida.fahce.unlp.edu.ar/numeros/a31n3/31\\_o3\\_Fernandez.pdf](http://www.lecturayvida.fahce.unlp.edu.ar/numeros/a31n3/31_o3_Fernandez.pdf) pp. 6 a 19.
- Grimson, A.; Tente Fanfani E. (2014). *Mitomanías de la educación argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Tejerina Sánchez, Isabel; Sánchez Rodríguez, Susana (2009). “La escritura académica en la universidad” en Martos Eloy - Rösing Tania M. K. (Coords.), *Prácticas de Lectura y de Escritura*. Universidade de Passo Fundo: UPF Editora, pp. 91-114.